1

Encuentros

Era el trayecto en coche más largo que había hecho en mi vida. Lo cual no significa gran cosa, ya que nunca me había alejado más de cien kilómetros de mi ciudad natal. No obstante, se mire como se mire, el viaje era absurdamente largo. Según MapQuest, mi mapa interactivo, el trayecto en coche duraba más o menos treinta y siete horas y once minutos. Eso suponiendo que tengas súperpoderes y no necesites hacer ninguna parada para poner gasolina.

Mi novio y yo habíamos partido de Athens, Ohio. Yo había nacido y crecido allí, al igual que todos los miembros de mi familia. Nunca habíamos de ello en nuestro pequeño grupo de cuatro personas, pero era un hecho sabido desde nuestro nacimiento que mi hermana y yo estudiaríamos y nos graduaríamos en la Universidad de Ohio. Por consiguiente, se había producido una tremenda tragedia familiar cuando, hacía unos meses, durante mi segundo año en la universidad, había decidido mudarme de lugar en otoño. Lo que más había disgustado a mi familia, si eso era posible, era el hecho de que fuera a trasladarme a cuatro mil kilómetros, a Washington. Concretamente, a la Universidad de Washington, en Seattle. Había conseguido una magnífica beca, lo cual había contribuido a convencer a mis padres. Pero sólo en parte. A partir de ese momento, las reuniones familiares fueron... pintorescas, por decirlo suavemente.

El motivo de mi traslado iba sentado junto a mí, conduciendo su destartalado Honda. Lo miré y sonreí. Denny Harris. Era un bellezón. Sé que no es la forma más varonil de describir a un chico, pero era el calificativo que yo utilizaba con más frecuencia mentalmente y el que encajaba con él a la perfección. Denny provenía de una pequeña población de Queensland, Australia, y, debido a que se había pasado la vida en el mar en ese

exótico lugar, tenía un cuerpo bronceado y musculoso, aunque no en plan *macizo*. Era un cuerpo más bien natural, proporcionado y atlético. No era excesivamente alto para ser un chico, pero sí más que yo, incluso cuando me ponía tacones, lo cual a mí me bastaba. Tenía el pelo castaño oscuro, y le gustaba lucir un corte irregular pero ordenado. A mí me encantaba cortárselo, y él dejaba que lo hiciera mientras me miraba con adoración, suspirando y quejándose todo el rato, amenazando con que el día menos pensado iba a raparse la cabeza. Pero le encantaba que yo se lo cortara.

Tenía unos ojos cálidos y profundos, de color marrón oscuro, que en estos momentos me miraban con expresión risueña.

—Hola, cielo. Ya falta menos, unas dos horas.

La forma en que su acento se deslizaba sobre sus palabras me causaba un curioso efecto embriagador. Nunca dejaba de producirme una pequeña sensación de gozo, por extraño que parezca.

Por suerte para mí, Denny tenía una tía a la que hacía tres años habían ofrecido un puesto en la Universidad de Ohio y se había trasladado allí. Denny, que era un cielo, había decidido acompañarla y ayudarla a instalarse. Había cursado un año de instituto en Estados Unidos, durante el cual se había sentido muy a gusto, por lo que no le había costado ningún esfuerzo tomar la decisión de trasladarse a la Universidad de Ohio, lo cual, a ojos de mis padres, lo había convertido en el candidato ideal para ser mi novio, es decir, hasta que me había llevado con él a Seattle. Suspiré, confiando en que se les pasara pronto el disgusto por haberme mudado de universidad.

Pensando que mi suspiro respondía a su comentario, Denny añadió:

—Ya sé que estás cansada, Kiera. Pasaremos un momento por el bar de Pete y luego nos iremos a casa a descansar.

Asentí y cerré los ojos.

Al parecer, el bar de Pete era un sitio muy popular donde nuestro nuevo compañero de piso, Kellan Kyle, era una estrella local del *rock*. Aunque íbamos a convertirnos en sus nuevos huéspedes permanentes, no sabía mucho sobre él. Sabía que durante su primer año de instituto en el extranjero, Denny se había alojado en casa de Kellan y sus padres, y sabía

que Kellan tocaba en una banda. Sí, bueno, sabía un par de cosas sobre nuestro nuevo y misterioso compañero de piso.

Abrí los ojos y miré por la ventanilla, observando cómo las borrosas siluetas de los enormes y verdes árboles desfilaban frente a mí. Las numerosas farolas de la autopista arrojaban un extraño resplandor naranja sobre ellos. Por fin, habíamos atravesado el último puerto de montaña; por un momento, había temido que el viejo coche de Denny no fuera capaz de conseguirlo. En estos instantes, circulábamos en zigzag frente a frondosos bosques, rocosas cascadas y enormes lagos que resplandecían a la luz de la luna. Incluso en la oscuridad de la noche, me di cuenta de que éste era un lugar bellissimo. Empecé a comprender que se abría ante mí una nueva vida en este pintoresco Estado.

Nuestra partida, dejando atrás mi confortable vida en Athens, había comenzado hacía varios meses, con la inminente graduación de Denny en la Universidad de Ohio. Era un chico brillante, y yo no era la única persona que lo pensaba. Sus profesores solían decir que era «extremadamente inteligente». Le habían escrito numerosas cartas de recomendación, y Denny había empezado a enviar su currículum a todas partes en busca de trabajo.

Yo no soportaba la idea de estar separada de él, ni siquiera durante los dos años que faltaban para que terminara mis estudios, de modo que había solicitado mi ingreso en las universidades y los colegios mayores donde Denny se había postulado para un trabajo o un puesto de becario. A mi hermana, Anna, le había parecido extraño. No era el tipo de chica que sigue a un tío por todo el país, ni siquiera a uno tan atractivo como Denny. Pero yo no podía evitarlo. No soportaba la idea de prescindir de su sonrisa de despistado.

Al ser tan brillante, Denny había conseguido un puesto ideal de becario en Seattle. Iba a trabajar para una compañía que, según él, era una de las principales agencias publicitarias del mundo, y que había creado el *jingle* de una cadena de restaurantes de comida rápida internacional cuyo nombre ostentaba un arco dorado. Recalcaba ese dato a todo el que quisiera escucharlo, y lo decía con una curiosa expresión de reverencia, como si hubieran inventado el aire o algo por el estilo. Al parecer, los puestos de

becario en esa empresa son poco comunes. Y no sólo en cuanto a los años de trabajo que ofrecen, sino en hasta qué punto permiten que sus becarios se involucren en los proyectos de la compañía. Denny no iba a ser un mero chico de reparto, sino que iba a formar de inmediato parte del equipo. Se había mostrado eufórico e impaciente por trasladarse a Seattle.

Yo me había sentido aterrorizada y nerviosa como un flan. Había ingerido medio frasco de Pepto al día, hasta que por fin había recibido la carta de admisión a la Universidad de Washington. ¡Perfecto! Encima había obtenido una beca que cubría casi toda mi matrícula. No era tan brillante como Denny, pero tampoco era tonta. ¡Doblemente perfecto! El hecho de que Denny tuviera amigos en Seattle, y que uno de ellos dispusiera de una habitación libre para nosotros a un precio mucho más económico de lo habitual, hacía que todo el proyecto pareciera predestinado.

Sonreí al mirar los nombres de las carreteras, parques y pequeñas poblaciones que pasaban volando ante nosotros. Éstas se sucedían cada vez con más frecuencia a medida que nos alejábamos de las imponentes montañas, las cuales había dejado de ver a nuestras espaldas en la oscuridad. Unas gotas de lluvia salpicaron las ventanillas del coche cuando nos aproximamos a una importante población con un letrero que indicaba el camino a Seattle. Nos estábamos acercando. Pronto comenzaría nuestra nueva vida. Yo no sabía prácticamente nada sobre nuestra nueva ciudad, pero no tardaría en aprender a orientarme por ella junto a Denny. Le tomé la mano y él sonrió con dulzura.

Denny se había graduado hacía una semana con una doble licenciatura en Empresariales y Mercadotecnia —mi maravilloso genio—, y habíamos hecho las maletas para marcharnos. Su nuevo empleo requería que estuviera allí el próximo lunes. A mis padres les había disgustado separarse tan pronto de mí. Después de que por fin aceptaran mi decisión de marcharme, les ilusionaba pensar que permanecería con ellos durante un verano más. Aunque sabía que iba a echarlos mucho de menos, Denny y yo habíamos vivido separados durante casi dos largos años, él en casa de su tía y yo en la de mis padres, y yo estaba impaciente por consolidar nuestra relación. Había procurado poner cara solemne cuando me había des-

pedido de ellos con un beso, pero en mi fuero interno estaba entusiasmada ante la idea de emanciparme al fin.

El único aspecto de nuestra marcha contra el que había protestado enérgicamente era por el hecho de ir en coche. Unas pocas horas de avión en lugar de varios días sentada en un coche... No me apetecía lo más mínimo. Pero Denny sentía un extraño apego por su vehículo y se negaba a desprenderse de él. Supuse que nos vendría bien disponer de un coche en Seattle, pero me pasé medio día con cara larga. Luego, Denny me había presentado el viaje como una aventura tan divertida que dejé de quejarme, y, por supuesto, había hallado el medio de hacer que su coche resultara muy... comfortable. Hicimos dos paradas en ruta que están grabadas para siempre entre mis recuerdos más gratos

Sonreí complacida al recordarlas y me mordí el labio, excitada de nuevo ante la idea de vivir juntos. El viaje había sido en efecto muy divertido y lleno de momentos felices, pero lo habíamos hecho de un tirón. Pese a lo contenta que me sentía, estaba hecha polvo. Y, aunque Denny había logrado que su coche resultara sorprendentemente acogedor, no dejaba de ser un coche y yo soñaba con acostarme en una cama como Dios manda. Mi sonrisa dio paso a un suspiro de satisfacción cuando las luces de Seattle aparecieron por fin ante nosotros.

Denny había averiguado las señas del bar de Pete antes de llegar, por lo que no tardamos en localizarlo. Encontró un espacio libre en el aparcamiento, que estaba lleno porque era viernes por la noche, cuando todos los jóvenes salen de copas, y consiguió aparcar el coche en él. En cuanto apagó el motor, salté del vehículo y me puse a hacer unos ejercicios de estiramiento durante un minuto. Denny se rió de mí, pero hizo otro tanto. Nos tomamos de la mano y echamos a andar hacia la puerta del bar, que estaba abierta. Habíamos llegado más tarde de lo previsto, la banda estaba tocando y la música llegaba hasta el aparcamiento. Entramos en el local y Denny echó rápidamente un vistazo alrededor de la sala. Señaló a un tipo alto y fornido que estaba apoyado contra la pared lateral, observando al público, que en su mayoría estaba pendiente de la banda, y nos abrimos paso hacia él a través de la abarrotada sala.

Mientras nos dirigíamos hacia allí, alcé la vista y miré a los cuatro chicos que tocaban sobre el escenario. Todos parecían tener más o menos mi edad, veintipocos años. Tocaban una música *rock* rápida, percusiva, y la voz del vocalista encajaba con ella a la perfección: áspera pero muy sexy. «Caray, qué buenos son», pensé, mientras Denny sorteaba con habilidad el montón de pies y codos.

No pude evitar fijarme primero en el vocalista del grupo. Era imposible no hacerlo, pues era guapo de morir. Tenía unos ojos intensos que no cesaban de escrutar a la multitud de mujeres que estaban agolpadas frente al escenario, contemplándolo con adoración. Su pelo castaño claro y espeso estaba tan alborotado que apenas se apreciaba el corte que lucía, más largo en la parte superior, con unas capas degradadas alrededor de la cabeza. El chico no dejaba de pasarse la mano por el pelo en un gesto que me pareció adorable. Como habría dicho Anna, tenía «un cabello de cama». Bueno, ella habría utilizado una expresión más explícita —mi hermana se expresaba a veces con bastante crudeza—, pero lo cierto es que parecía como si acabaran de violarlo en el camerino. Me sonrojé al pensar que quizá fuera cierto... En cualquier caso, le daba un aspecto peligrosamente atractivo. No todo el mundo puede lucir ese tipo de *look*.

Llevaba un atuendo sorprendentemente básico, como si supiera que no era necesario realzar su tremendo atractivo. Lucía una sencilla camiseta de color gris, con las mangas largas arremangadas hasta los codos. Era lo suficientemente ajustada para insinuar el fabuloso cuerpo que se ocultaba debajo. Llevaba unos gastados vaqueros negros y unas pesadas botas también negras. Sencillo, pero fantástico. Parecía un dios del *rock*.

Aparte de esos detalles, lo que más me flipó de él, aparte de su voz seductora, fue su sonrisa increíblemente sexy. Sólo mostraba unos atisbos de ella a través de las palabras que cantaba, pero era suficiente. Una lánguida media sonrisa de vez en cuando, un flirteo con el público... Absolutamente cautivador.

Era un tipo de lo más sexy. Por desgracia, lo sabía.

Miraba a cada una de sus rendidas admiradoras a los ojos, las cuales enloquecían cuando él posaba sus ojos en ellas. Al observarlo más de cer-

ca, me di cuenta de que sus medias sonrisas eran tan desconcertantes como seductoras. Prácticamente desnudaba con los ojos a todas las mujeres que se habían agolpado alrededor del escenario. Mi hermana también utilizaba una ingeniosa frase para describir ese tipo de ojos.

Al verlo seducir al montón de seguidoras que lo contemplaban, me sentí incómoda, y me fijé en los tres componentes restantes de la banda.

Los dos chicos que flanqueaban al vocalista eran tan parecidos que supuse que estaban emparentados, probablemente serían hermanos. Parecían más o menos igual de altos, algo más bajos que el vocalista, y más delgados, y no tan... cachas. Tenían la misma nariz afilada y labios delgados. Uno tocaba la guitarra solista y el otro el bajo, y ambos eran bastante interesantes. Es posible que, de no haberme fijado primero en el vocalista, me habrían parecido más atractivos.

El guitarra solista llevaba unos *shorts* de color caqui y una camiseta negra con el nombre y el logotipo de la banda estampada en el pecho. Tenía el pelo rubio, corto y peinado de punta. Tocaba el complicado instrumento con gran concentración, paseando de vez en cuando sus ojos claros sobre el público y fijándolos de nuevo en sus manos.

Su pariente, también rubio y de ojos claros, llevaba el pelo más largo, hasta la barbilla, y recogido detrás de las orejas. Lucía también unos *shorts*, y al fijarme en su camiseta me reí. Decía simplemente: «Soy miembro de la banda». Tocaba el bajo con expresión casi de aburrimiento y miraba constantemente al guitarrista, que podía ser su hermano gemelo. Tuve la impresión de que hubiera preferido tocar ese instrumento.

El último chico estaba oculto detrás de la batería, por lo que apenas alcanzaba a verlo. Me sentí aliviada de que estuviera vestido, porque muchos baterías parecían sentir la necesidad de tocar casi desnudos. Pero tenía el rostro más bondadoso del mundo, con unos ojos grandes y oscuros y el pelo castaño cortado casi al cero. Lucía unos orificios en las orejas de algo más de un centímetro de diámetro. A mí no me entusiasmaban, pero a él le sentaban bien. Tenía los brazos cubiertos de pintorescos tatuajes, como un artístico mural, y ejecutaba las complicadas florituras en la batería con toda facilidad, observando al público con una sonrisa de oreja a oreja.

Denny sólo me había comentado que nuestro nuevo compañero de piso, Kellan, tocaba en esta banda. No me había dicho qué instrumento tocaba o si era el vocalista. Confié en que fuera el chico grandullón con aspecto de oso de peluche que estaba al fondo. Parecía tener buen carácter.

Denny consiguió por fin abrirse camino a través de la multitud hasta llegar al tipo fornido. Cuando vio que nos acercábamos, miró a Denny sonriendo.

—¡Hola, colega! Me alegro de volver a verte —gritó por encima de la música tratando de imitar el acento de Denny, aunque él conseguía destrozarlo.

Sonreí para mis adentros. Todo el mundo trataba de imitarlo cuando lo oían hablar. Por lo general, nadie lo conseguía. Era uno de esos acentos que suenan falsos a menos que hayas vivido en Australia. Denny siempre trataba de convencerme para que lo utilizara, porque le divertía que la gente tratara de imitarlo. Yo sabía que era incapaz, de modo que me negaba a darle esa satisfacción. No quería hacer el ridículo.

—Hola, Sam, hace mucho que no nos vemos. —Durante el año que Denny había pasado en Seattle como estudiante de intercambio en el instituto, había conocido a Kellan. Dado que Sam aparentaba tener la edad de Denny, supuse que lo había conocido también en el instituto. Sonreí complacida al ver que se daban un rápido abrazo *de colegas*.

Sam era un tipo grandullón. Tenía un cuerpo fornido y lucía una camiseta roja y ajustada que ponía de relieve sus músculos. Llevaba la cabeza completamente rapada, y de no ser por su sonrisa, no me habría atrevido a acercarme a él. Tenía un aire amenazador, que, en cuanto me fijé en el nombre del bar estampado en su camiseta, me pareció muy apropiado. Era evidente que era el *gorila* del local.

Sam se inclinó hacia nosotros, para no tener que alzar la voz.

—Kellan me dijo que llegarías esta noche. ¿Vas a alojarte con él? —Se volvió hacia mí, que estaba junto a Denny—. ¿Es tu chica? —preguntó, antes de que Denny pudiera responder a su primera pregunta.

—Sí, ésta es Kiera, Kiera Allen. —Denny me miró sonriendo. Me en-

cantaba la forma en que su acento se deslizaba sobre mi nombre—. Kiera, te presento a Sam. Éramos compañeros en el instituto.

—Hola —dije sonriendo, sin saber qué hacer.

Detestaba el momento en que me presentaban a alguien. Siempre me sentía un tanto incómoda y nerviosa. No me consideraba especialmente mona. No es que me considerara fea; más bien nada del otro mundo. Tenía el pelo castaño y largo, y, afortunadamente, espeso y ligeramente ondulado. Mis ojos eran de color avellana y, según decían, muy expresivos, lo cual yo interpretaba siempre como que eran excesivamente grandes. Era de estatura mediana para una chica, un metro sesenta y cinco centímetros, y bastante delgada, gracias a las carreras que echaba en la universidad. Pero, en términos generales, me consideraba una chica del montón.

Sam me saludó con un gesto de la cabeza y se volvió de nuevo hacia Denny.

—Antes de empezar su actuación, Kellan me dejó una llave para vosotros por si no os apetecía quedaros, debido al largo viaje en coche. —Sam sacó una llave del bolsillo de sus vaqueros y se la dio a Denny.

Era muy amable por parte de Kellan. Yo estaba hecha polvo y tenía ganas de llegar a casa y dormir dos días de un tirón. No quería tener que esperar a que Kellan terminara su actuación, que Dios sabe lo que duraría, para conseguir la llave e irnos a casa.

Miré de nuevo a la banda. El vocalista seguía desnudando mentalmente a todas las mujeres que veía. De vez en cuando, inspiraba aire, exagerando el sonido para conseguir un tono casi íntimo. Se inclinaba sobre el micrófono y alargaba una mano para acercarse más a sus rendidas admiradoras, haciendo que chillaran de gozo. La mayoría de los hombres que había en el bar estaban más apartados del escenario, pero algunos chicos no se despegaben de sus novias, observando al vocalista con evidente inquina. No pude evitar pensar que algún día alguien iba a partírle la cara.

Cada vez estaba más convencida de que el «colega» de Denny era el chico con aspecto amable que estaba al fondo. El batería parecía el tipo de persona de carácter abierto y despreocupado que haría buenas migas con

Denny. Éste seguía charlando con Sam, preguntándole a qué se dedicaba ahora. Cuando terminaron de contarse sus cosas, nos despedimos de él.

—¿Estás lista para marcharte? —preguntó Denny, sabiendo lo cansada que estaba.

—Desde luego —respondí, muriéndome de ganas de acostarme en una cama. Por suerte, Kellan había informado a Denny de que el último inquilino había dejado algunos muebles.

Denny soltó una risita y miró a la banda. Vi que trataba de captar la atención de su amigo. A Denny le gustaba lucir un ligero vello facial en la barbilla y el labio superior. No mucho, ni muy tupido; parecía como si acabara de llegar de una larga acampada. Daba a su cara de niño un aspecto más maduro y curtido. Era suave, y me gustaba su tacto cuando me besaba en el cuello. Además, era increíblemente sexy. Comprendí que tenía ganas de marcharme por más de un motivo.

Mientras observaba a Denny atentamente, lo vi alzar la mano con la que sostenía la llave y hacer un gesto con el mentón. Por lo visto, había logrado captar la atención de Kellan, indicándole que nos marchábamos a casa. Yo estaba tan absorta en mis ensoñaciones que no me fijé en la persona a quien había hecho esa indicación. Aún no estaba segura de quién era Kellan. Alcé la vista, pero ninguno de los cuatro miembros de la banda nos miraba.

Cuando echamos a andar hacia la puerta, miré a Denny y le pregunté: —¿Quién es Kellan?

—¿Qué? Ah, es cierto, no te lo he dicho. —Denny se volvió hacia la banda—. Es el vocalista.

Sentí una pequeña decepción. Claro, no podía ser otro. Me detuve y me volví, y Denny se detuvo también, observando a la banda. Durante los breves instantes en que nos habíamos dirigido hacia la puerta, la canción había cambiado. El ritmo era ahora más lento, y la voz de Kellan sonaba más grave y envolvente, más sexy aún, suponiendo que eso fuera posible. Pero no fue eso lo que hizo que me detuviera a escucharlo.

Fue la letra de la canción. Era preciosa, incluso conmovedora. Era una declaración poética de amor y pérdida, inseguridad e incluso muer-

te. De desear que una persona a la que había abandonado lo recordara como una buena persona, una persona digna de que lo echara de menos. Las insípidas chicas, cuyo número se había multiplicado, seguían metiendo bulla para captar su atención. Ni siquiera parecían apreciar el cambio que se había producido en el tono de la música. Pero Kellan se había transformado.

Sujetaba el micrófono con ambas manos, observando al público con mirada ausente, absorto en la música. Todo su cuerpo estaba inmerso en la letra de la canción, que parecía surgir de lo más profundo de su alma. A diferencia de las otras canciones, que habían sido divertidas, ésta era profundamente personal. Estaba claro que significaba algo para él. Al escucharlo, se me cortó el aliento.

—Caray —dije cuando recuperé el habla—. Es... impresionante.

Denny respondió señalando el escenario con la cabeza:

—Sí, siempre ha sido muy bueno. Incluso la banda que tenía en la escuela era estupenda.

De pronto, sentí deseos de quedarme allí toda la noche, pero Denny estaba tan cansado como yo, si no más, puesto que había conducido durante buena parte del viaje.

—Vámonos a casa. —Lo miré sonriendo, deleitándome con el sonido de esas palabras.

Él me tomó la mano y me condujo a través del público. Me volví una vez más para mirar a Kellan antes de que abandonáramos el local. Para mi sorpresa, él me estaba mirando. Me estremecí al comprobar que su rostro perfecto estaba sólo pendiente de mí. Su potente canción seguía conmoviéndome, y volví a sentir deseos de quedarme para oírla hasta el final.

Parecía muy distinto de la primera vez que me había fijado en él. A primera vista, me había parecido tremendamente... sensual. Todo en él parecía proclamar a gritos «voy a tomarte aquí mismo y hacer que te olvides incluso de tu nombre». Pero ahora me dio la impresión de ser una persona profunda, incluso espiritual. Quizá mi primera impresión había sido equivocada. Quizá Kellan era una persona que merecía que se la conociera mejor.

Convivir con él iba a ser... interesante.

Denny localizó nuestro nuevo apartamento con facilidad; no estaba lejos del bar. Estaba situado en una pequeña calle lateral tan repleta de vehículos que era casi una calle de una sola dirección. La entrada parecía ser lo suficiente amplia para que cupieran sólo dos coches, de modo que Denny aparcó en el espacio más alejado de la puerta de principal.

Tomó tres de nuestras bolsas del asiento posterior mientras yo tomaba las otras dos; luego, entramos en el apartamento. Era pequeño, pero encantador. En la entrada, había unos ganchos para las chaquetas, todos ellos desocupados, y una mesa en forma de media luna sobre la que Denny arrojó las llaves. A nuestra izquierda, había un pequeño pasillo que terminaba en una puerta. ¿Un baño quizá? Junto al pasillo, vislumbé una encimera, y deduje que era la cocina. Justo enfrente de nosotros estaba el cuarto de estar, presidido por un televisor de pantalla gigante. «¡Hombres!», pensé. A nuestra derecha, había una escalera de caracol que conducía al piso superior.

Subimos la escalera y nos detuvimos delante de tres puertas. Denny abrió la de la derecha; la cama desordenada y la vieja guitarra apoyada en un rincón indicaba que era el dormitorio de Kellan. La cerró y abrió la puerta de en medio, riéndose un poco con nuestro pequeño juego de tratar de adivinar cuál era nuestra habitación. No, ése era el baño. De modo que sólo quedaba la puerta número tres. Sonriendo, la abrió de par en par. Empecé a echar un vistazo a mi alrededor, pero enseguida me fijé en la cama, impresionantemente grande, colocada en mitad de la pared. No queriendo desaprovechar la oportunidad que se nos presentaba, agarré a Denny por la camiseta y lo atraje de forma insinuante hacia la cama.

No solíamos estar solos con frecuencia. Por lo general, estábamos rodeados de multitud de personas: su tía, mi hermana o incluso mis padres. Los ratos a solas eran muy preciados, y, al inspeccionar nuestro nuevo y pequeño hogar, enseguida comprendí que no íbamos a gozar de tantos momentos así como deseábamos, y menos en el piso de arriba; observé que los tabiques eran muy delgados, lo cual ofrecía escasa intimidad. De modo que arrojamos las bolsas en una esquina de la pequeña habitación y

aprovechamos la circunstancia de que nuestro compañero de piso trabajaba de noche. Ya sacaríamos más tarde el resto de nuestras pertenencias del coche. Algunas cosas eran demasiado importantes para demorarlas.

A la mañana siguiente, me desperté todavía grogui del largo viaje, pero descansada. Denny estaba acostado en su lado de la cama, mostrando un aspecto demasiado apacible para despertarlo. Experimenté una pequeña alegría al despertarme junto a él. Pocas veces podíamos pasar toda la noche juntos, pero a partir de ahora serían así todas las noches. Procurando no despertarlo, me levanté y salí al pasillo.

Nuestra puerta daba justo enfrente a la habitación de Kellan, y su puerta estaba entornada. El baño se hallaba entre las dos pequeñas habitaciones y la puerta estaba cerrada. Mi familia nunca cerraba la puerta del baño a menos que hubiera alguien dentro. No vi ninguna luz debajo de la puerta, pero el resplandor que penetraba del exterior era lo suficientemente potente para que no fuera necesario encender la luz.

¿Debía llamar a la puerta? No quería sentirme como una idiota, llamando a la puerta de mi propio cuarto de baño, pero Kellan y yo aún no habíamos sido presentados y no quería toparme con él en el baño ni invadir en ningún momento su intimidad. Miré la puerta de su habitación y agucé el oído con tal concentración que creí que iba a estallarme una vena en la sien. Me pareció oír la leve respiración de alguien en su habitación, pero quizá fuera la mía. Anoche no lo había oído llegar, pero parecía el tipo de persona que no vuelve a casa hasta las cuatro de la mañana y que duerme hasta las dos de la tarde, de modo que, haciendo acopio de valor, giré el pomo de la puerta.

Sentí un gran alivio al comprobar que el baño estaba vacío. Alivio y un intenso deseo de quitarme la mugre acumulada durante el viaje. Después de asegurarme que la puerta estaba bien cerrada —tampoco quería que Kellan me sorprendiera en el baño—, abrí el grifo de la ducha.

La noche anterior había rebuscado apresuradamente en mi maleta el pijama antes de tumbarme en la cama y quedarme como un leño. Me qui-

té el pantalón del pijama y la camiseta sin mangas y me metí debajo del chorro de agua casi hirviendo. Era una maravilla. De pronto, deseé que Denny estuviera despierto. Deseé que estuviera aquí conmigo. Tenía un cuerpo magnífico, y más aún cuando estaba mojado. Pero entonces recordé lo cansado que estaba la noche anterior. Mmm..., quizás en todo momento.

Me relajé debajo del chorro de agua caliente y suspiré. En mis prisas por entrar en el baño, había olvidado de coger el champú, pero por suerte había una pastilla de jabón en la ducha. No era la mejor manera de lavarme el pelo, pero no quería utilizar el costoso champú de Kellan. Permanecí en el cuarto de baño más tiempo de lo debido, gozando del calor del agua, sin pensar que quizás otras personas quisieran relajarse también con una ducha caliente. Pero no podía evitarlo; era maravilloso volver a sentirme limpia.

Por fin, cerré el grifo y me sequé con la única toalla que había. Era delgada y demasiado pequeña; la próxima vez debía acordarme de coger mi amplia y confortable toalla de ducha. Me envolví deprisa en la diminuta toalla y me dispuse a salir al frío pasillo. En mi afán por ducharme y volver a sentirme limpia, había olvidado mi bolsa de aseo, además de una muda. Mientras trataba de recordar qué bolsa en nuestro caótico montón de pertenencias contenía mis artículos de aseo, observé que la puerta del cuarto de Kellan estaba ahora abierta... y que había alguien delante.

Kellan estaba en el umbral, bostezando perezosamente y rascándose el torso desnudo. Por lo visto, prefería dormir sólo con sus *boxers*. No pude evitar distraerme unos instantes al verlo. Una noche de descanso no había influido en sentido negativo en su alborotado cabello, que seguía deliciosamente desgreñado. Pero fue su cuerpo lo que me llamó la atención. Era tan fabuloso como había sospechado. En comparación con el de Denny, que era magnífico, el de Kellan era increíble. Era alto, un palmo más que Denny, y tenía unos músculos largos y nervudos, como los de un corredor. Y claramente definidos, hasta el punto de que habría podido trazar cada línea de su cuerpo con un bolígrafo.

Era... impresionante.

Sus increíbles ojos, azules e intensos, me observaron risueños al tiempo queladeaba la cabeza en un gesto delicioso.

—Debes de ser Kiera. —Tenía la voz grave y algo ronca debido a que acababa de despertarse.

Me sentí turbada al darme cuenta de que nuestro primer encuentro no era muy distinto de lo que había temido. Al menos, los dos estábamos vestidos... más o menos. Reprochándome mentalmente no haberme puesto la camiseta y el pantalón de chándal con los que había dormido antes de salir del baño, le tendí con timidez la mano en un absurdo intento de formalizar nuestra presentación.

—Sí..., hola —farfullé.

En su rostro se pintó una adorable media sonrisa mientras me estrechaba la mano. Al parecer, encontraba muy divertida mi reacción. No parecía importarle lo más mínimo que ninguno de los dos estuviésemos vestidos como Dios manda. Sentí que me sonrojaba y deseé con urgencia huir a mi habitación, pero no sabía cómo librarme con educación de este extraño encuentro.

—¿Tú eres Kellan? —pregunté. Una pregunta idiota. Era evidente que lo era, puesto que allí sólo vivíamos los tres.

—Mmm... —Asintió con la cabeza sin dejar de observarme detenidamente. Más detenidamente de lo que me apetecía que me observara un extraño estando medio desnuda.

—Lamento lo del agua. Creo que he consumido toda el agua caliente. —Me volví para asir el pomo de nuestra puerta, confiando en que él captara la insinuación.

—No tiene importancia. Me ducharé esta noche, justo antes de marcharme.

Me pregunté un momento adónde iba, pero murmuré «hasta luego entonces», tras lo cual entré con prisas en mi habitación. Me pareció oír una discreta risita a mi espalda cuando cerré la puerta.

Qué humillante. Aunque supongo que pudo haber sido peor. Precisamente por eso odiaba el primer encuentro con una persona a la que no conocía. Solía quedar como una idiota, y ese día no había sido una excep-

ción. Denny afirmaba que nuestro primer encuentro había sido encantador. Mi recuerdo le asignaba un calificativo muy distinto. Me estremecí al pensar en la cantidad de veces que me ocurriría eso durante los próximos meses. Confié que en los próximos encuentros estuviera al menos más vestida.

Apoyé la cabeza contra la puerta cerrada y esperé a que se me pasara la turbación.

—¿Estás bien? —La voz marcadamente acentuada de Denny irrumpió a través de mis pensamientos. Abrí los ojos y lo vi incorporado en la cama sobre un codo, observándome con curiosidad. Aún parecía cansado y confié en no haberlo despertado.

—Acabo de conocer a nuestro nuevo compañero de piso —le expliqué malhumorada.

Denny me conocía tan bien que no le sorprendió mi exagerada reacción ante algo tan insignificante. Sabía lo avergonzada que debí de sentirme al toparme con alguien a quien no conocía envuelta en una pequeña toalla.

—Ven, acércate. —Denny me tendió los brazos y me apresuré a meterme en la cama.

Me acurruqué entre sus cálidos y reconfortantes brazos y él me estrechó contra su cuerpo. Me besó con dulzura en la cabeza, que aún tenía húmeda, y emitió un largo suspiro.

—¿Estás segura de esto, Kiera?

Yo lo golpeé cariñosamente en el hombro.

—Ya estamos aquí. ¿No es un poco tarde para eso? —Me aparté para mirarlo a la cara—. Me niego rotundamente a regresar a casa en coche —dije en son de guasa.

Él sonrió un poco, pero su rostro estaba serio.

—Sé que has tenido que renunciar a tu familia y a tu hogar para venir aquí conmigo. No estoy ciego; sé que los echas de menos. Sólo quería asegurarme de que no te arrepentías.

Apoyé la mano en su mejilla.

—No vuelvas a dudarlo. Claro que echo de menos a mi familia, y mu-

cho. Pero tú mereces cualquier sacrificio que tenga que hacer. —Le acaricié la mejilla con ternura—. Te amo. Quiero estar contigo.

Él sonrió, más convencido.

—Perdona que me ponga un poco cursi, pero sabes que eres mi corazón. Yo también te amo. —Me besó profundamente y empezó a quitarme la toalla que llevaba sujeta alrededor de la cintura, la cual de pronto me pareció un engorro.

Tuve que recordarme una y otra vez que los tabiques eran muy delgados...

2

D-Bags

Al cabo de un rato, Denny y yo bajamos la escalera cogidos de la mano. Parecíamos casi unos adolescentes enamorados por primera vez. Ambos disfrutábamos del hecho de vivir por fin juntos. Le comenté el aspecto que debíamos de ofrecer, y ambos rompimos a reír cuando doblamos la esquina y entramos en la cocina.

Lo segundo que me llamó la atención sobre la casa, después de tomar nota de su reducido tamaño, fue el escaso mobiliario que contenía. Estaba claro que se trataba simplemente de un lugar donde dormir por las noches. El típico apartamento de un chico. Decidí ir un día de compras. Era una casa demasiado inhóspita para que una chica, incluso una chica como yo, se sintiera a gusto en ella.

La cocina era de un tamaño aceptable, teniendo en cuenta el resto del apartamento. Adosada a la pared opuesta había una larga encimera junto a la cual estaba el frigorífico. Junto a la otra pared, que medía la mitad de la primera, estaban los fogones, y sobre ellos un horno microondas. A la izquierda de los fogones, había otra encimera, más estrecha, sobre la que había una cafetera que contenía café recién hecho. El aroma que emanaba hizo que se me hiciera la boca agua. En la parte posterior de la habitación, había una mesa de moderadas proporciones con cuatro sillas y una amplia ventana que daba a un patio del tamaño de un sello de correos.

El espacio entre la pared más estrecha y la pared en la que estaba la ventana daba al cuarto de estar, y Kellan estaba paseándose por él. Sostenía el periódico matutino y leía la primera página, que estaba doblada. Llevaba unos *shorts* y una camiseta de manga corta. Su ondulado cabello estaba aún revuelto, pero más ordenado que antes: perfecto. Aunque iba

vestido con sencillez, de pronto me sentí como una cateta con mi camiseta y mis vaqueros básicos. Pero apreté la mano de Denny y le eché valor.

—Hola, colega. —Denny sonrió y se acercó a Kellan, que al oír su voz levantó la vista.

—¡Hola, me alegro de que hayáis venido! —Kellan sonrió y le dio un rápido abrazo. Yo también sonreí. A veces lo chicos me enternecen.

—Creo que ya conoces a Kiera —dijo Denny mirándome con cariño.

Al recordar nuestro encuentro, la sonrisa se borró de mi cara.

—Sí. —Los ojos de Kellan mostraban una expresión un tanto maliciosa—. Pero me alegro de volver a verte. —Al menos, se comportaba con educación. Sin dejar de sonreír, se acercó a la cafetera y sacó unas tazas del armario que había sobre ella—. ¿Os apetece un café?

—A mí no. No sé cómo sois capaces de beberos eso —respondió Denny, torciendo el gesto—. A Kiera le encanta.

Yo asentí y miré a Denny sonriendo. Ni siquiera soportaba el olor del café. Le gustaba el té, lo cual me parecía a la vez divertido y adorable.

Denny me miró.

—¿Tienes hambre? Creo que queda algo de comida en el coche.

—Estoy famélica. —Me mordí el labio y contemplé durante unos segundos su hermoso rostro, luego lo besé un momento y le di una afectuosa palmada en el estómago. Sí, no cabía duda de que nos comportábamos como unos adolescentes enamorados.

Denny me besó también brevemente y se volvió para marcharse. Al alejarse unos pasos, vi que Kellan estaba detrás de él, observándonos con expresión divertida.

—Vale, enseguida vuelvo. —Denny salió de la cocina y lo oí tomar sus llaves de la mesa en la entrada, donde las había arrojado la noche anterior. Al cabo de unos segundos, se cerró la puerta y me sorprendió que no le importara salir vestido sólo con la camiseta y los calzoncillos con que había dormido.

Sonriendo, me acerqué a la mesa y me senté a esperarlo. Al cabo de un momento, Kellan se acercó con dos tazas de café. Yo hice además de levantarme para echarle leche y azúcar, pero, al observar la taza más de

cerca, vi que él ya le había echado ambas cosas. ¿Cómo sabía Kellan que el café me gustaba así?

Al observar mi sorpresa, dijo:

—Yo me lo tomo solo. Si no te gusta con leche, podemos cambiar las tazas.

—No, me gusta así. —Lo miré sonriendo cuando se sentó—. Pensé que quizás adivinabas el pensamiento de la gente.

—Ojalá pudiera hacerlo —dijo riéndose y bebiendo un sorbo de su café solo.

—Gracias —dije. Levanté un poco mi taza y bebí un sorbo. Estaba delicioso.

Kellan me miró a través de la mesa, con la cabeza ladeada.

—De modo que eres de Ohio. *Buckeyes** y luciérnagas, ¿no es así?

Sonreí y puse mentalmente los ojos en blanco ante sus limitados conocimientos del Estado en el que yo había nacido. Pero no hice ningún comentario.

—Más o menos.

Él me miró con curiosidad.

—¿Lo echas de menos?

Me detuve un momento antes de responder.

—Echo de menos a mis padres y a mi hermana, desde luego. —Hice una pausa y emití un pequeño suspiro—. Pero no sé... Un lugar no es más que un lugar. Además, no es que no vaya verlos nunca más —concluí, sonriendo.

Él me miró con el ceño arrugado.

—No te lo tomes a mal, pero ¿por qué viniste aquí?

La pregunta me molestó un poco, pero traté de no darle importancia. No conocía a Kellan lo suficiente para juzgarlo.

—Por Denny —respondí como si fuera la cosa más evidente del mundo.

* El apodo de los residentes del Estado de Ohio. (*N. de la T.*)

—Ya. —Kellan no añadió nada más, sino que se limitó a beberse el café.

Deseosa de cambiar de tema, solté lo primero que se me ocurrió.

—¿Por qué cantas de esa forma? —Enseguida comprendí que mi pregunta debió de parecerle ofensiva y me arrepentí de haberla hecho. No pretendía que sonara así. Simplemente tenía curiosidad por saber por qué... flirteaba con el público desde el escenario.

Él me miró entrecerrando los ojos.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Tuve la impresión de que la gente no solía hacerle preguntas sobre su forma de cantar. No podía adivinar si se había mosqueado, pero decidí no seguir por esos derroteros. No era la manera de causarle buena impresión a una persona con la que ahora compartía una casa.

Me detuve para ganar tiempo y bebí un sorbo de café.

—Estuviste genial —dije para contrarrestar la posible ofensa—. Pero a veces te mostrabas tan... —Me estremecí mentalmente, pero sabía que tenía que comportarme como una persona adulta y decirlo—... sexual.

Su expresión se suavizó y luego se echó a reír durante al menos cinco minutos.

La irritación se apoderó de mí. No pretendía ser graciosa y me sentía profundamente abochornada e incómoda. ¿Por qué se me había ocurrido abrir la boca? Fijé la vista en mi taza de café, deseando sumergirme en ella y desaparecer.

Por fin, Kellan se dio cuenta de que mi expresión había cambiado y trató de recobrar la compostura.

—Lo siento... No pensé que ibas a decir eso. —Durante unos momentos, me pregunté qué había supuesto que diría yo y lo miré de nuevo. Reflexionó unos instantes sin dejar de reírse por lo bajinis—. No sé, la gente suele responder a eso —contestó encogiéndose de hombros.

Al decir «gente», supuse que se refería a las mujeres.

—¿Te sentiste molesta? —me preguntó con ojos risueños.

Genial, ahora pensaba que yo era una estrecha que no sabía cómo comportarme con él.

—¡Nooo! —respondí, recalcando la palabra y mirándolo irritada—. Simplemente, me pareció excesivo. Además, el público no lo necesita. Tus canciones son estupendas.

Él pareció un tanto desconcertado por mi respuesta. Se repantigó en la silla y me observó de una forma que hizo que el corazón me latiera acelerado. En serio, era increíblemente atractivo. Bajé la vista, cohibida, y la fijé en la mesa.

—Gracias. Procuraré tenerlo presente. —Alcé la vista y lo miré de nuevo. Sonreía con dulzura y parecía sincero. Cambiando de tema, me preguntó—: ¿Cómo os conocisteis Denny y tú?

Sonreí al recordarlo.

—En la universidad. Él era profesor adjunto en una de mis clases. Era mi primer año y el tercero para él. Pensé que era el hombre más bello que había visto jamás.

Me sonrojé un poco al llamarlo «bello» en voz alta y delante de un chico. Por lo general, evitaba emplear esa palabra cuando conversaba con alguien. La gente me miraba con extrañeza. Pero Kellan me miró sonriendo tranquilamente. Supuse que estaba acostumbrado a oír un gran número de calificativos, a cual más halagador.

—Enseguida hicimos buenas migas y estamos juntos desde entonces. —No pude evitar sonreír ante el torrente de recuerdos que compartíamos—. ¿Y tú? ¿Cómo lo conociste? —Yo conocía los detalles fundamentales de la historia, pero poco más.

Kellan reflexionó un momento, sonriendo como yo.

—Mis padres pensaron que sería una buena idea alojar a un estudiante de intercambio. A sus amigos les impresionó esa idea. —La sonrisa se borró de sus labios antes de aparecer de nuevo—. Pero Denny y yo también hicimos buenas migas enseguida. Es un tipo genial.

Volvió la cara y adoptó una expresión que no pude descifrar..., casi de dolor.

—Le debo mucho —dijo en voz baja. Luego, se volvió de nuevo hacia mí, esbozando su encantadora sonrisa, y se encogió de hombros—. Yo haría lo que fuera por él, de modo que, cuando me llamó para decirme

que necesitaba un apartamento donde alojarse, era lo menos que yo podía hacer.

—Ya. —Me intrigaba su repentina tristeza, pero él parecía haber recobrado la compostura y no quise indagar al respecto. En ese preciso momento, Denny entró de nuevo en la cocina.

—Lo siento —dijo compungido—. Sólo he podido encontrar esto. —Sostuvo en alto una bolsa de Cheetos y otra de galletitas saladas.

Kellan se rió por lo bajo y yo extendí la mano sonriendo a Denny afectuosamente.

—Cheetos, por favor.

Mi chico frunció el ceño pero me dio la bolsa y Kellan soltó una sonora carcajada.

Cuando terminamos nuestro *nutritivo* desayuno, llamé a mis padres (a cobro revertido) para informarles de que habíamos llegado sanos y salvos. Denny y Kellan charlaron sobre sus cosas, poniéndose al día sobre los años que habían estado sin verse, mientras yo hablaba con mi familia. El único teléfono en la casa era el que estaba en la cocina, un artilugio verde aceituna, enchufado a la pared, que parecía de los años setenta. Las anécdotas que se contaban los chicos eran de muy divertidas y se reían a mandíbula batiente mientras charlaban sentados a la mesa. Yo los miré un par de veces, mosqueada, indicándoles con un gesto que bajaran la voz para que pudiera oír a mis padres. Como es natural, a ellos les pareció de lo más cómico y sus carcajadas se redoblaron. Por fin, me volví de espaldas a ellos e hice caso omiso de su divertida conversación. En cualquier caso, mis padres no hacían más que preguntarme si ya estaba dispuesta para regresar a casa.

Después de mi prolongada conversación telefónica, Denny y yo subimos de nuevo. Él se dio una ducha rápida mientras yo rebuscaba en las bolsas tratando de hallar algunas prendas que ponernos. Después de seleccionar para él sus vaqueros desteñidos favoritos y una camisa Henley de color beis, coloqué el resto de nuestras pertenencias sobre la cama.

La persona que había alquilado esta habitación antes que nosotros había tenido el detalle de dejar la cama (junto con las sábanas), una cómo-

da, un pequeño televisor, una mesita de noche y un reloj despertador. No sabía muy bien por qué, pero me sentí profundamente agradecida, puesto que Denny y yo no teníamos ningunos muebles. En Athens, habíamos vivido con nuestras respectivas familias para ahorrar dinero. Yo había intentado en varias ocasiones convencerlo para que alquiláramos un apartamento, pero él era un chico ahorrador y no le parecía lógico que malgastáramos ese dinero cuando nuestras familias vivían a poca distancia de la universidad. A mí se me ocurría una larga lista de razones para vivir juntos..., la mayoría referentes a una cama con sábanas.

Y por supuesto a mis padres, aunque lo adoraban, no les hacía gracia que nos instaláramos en mi dormitorio. Ni siquiera estaban de acuerdo en que yo me mudara a casa de su tía, y, como sufragaban mi costosa educación universitaria, no quise insistir demasiado en el tema. Pero ahora teníamos que vivir juntos para economizar, de modo que, en última instancia, supongo que yo había ganado. Sonreí al pensar en ello mientras guardaba nuestras cosas en la pequeña cómoda, las suyas a un lado y las mías al otro. No teníamos mucha ropa, y cuando Denny salió de la ducha yo ya había terminado de recogerla.

Me complació verlo cubierto sólo con una toalla, y me senté en la cama con los brazos rodeándome las piernas y la cabeza apoyada en las rodillas, observándolo mientras se vestía. Él se rió de la insistencia con que lo miraba, pero no tuvo reparos en dejar caer la toalla y vestirse. De haber estado en su lugar, yo le habría pedido que se volviera de espaldas o cerrara los ojos.

Cuando terminó, se sentó en la cama junto a mí. No pude resistir pasar los dedos a través de su pelo húmedo, revolviéndoselo un poco, y moldearle algunos mechones. Él esperó pacientemente, mirándome con afecto y una suave sonrisa en los labios.

Cuando supuso que había terminado, me besó en la frente y bajamos para sacar el resto de nuestras cajas del coche. Sólo tuvimos que hacer dos viajes, pues no teníamos muchas pertenencias. Pero nos habíamos quedado sin comida. Dejamos las cajas sobre nuestra cama y decidimos aventurarnos por las calles de la ciudad para comprar algo que comer. Denny

había vivido allí durante un año, pero de eso hacía siete y en esa época no conducía. De modo que pedimos a Kellan que nos diera algunas direcciones y nos fuimos.

No nos costó localizar la zona portuaria y el mercado de Pike Place, donde adquirir algunos alimentos frescos. Era realmente una ciudad preciosa. Paseamos cogidos de la mano por el puerto, observando el reflejo del sol en la superficie del Sound. Hacía un día templado y soleado y nos detuvimos para contemplar los transbordadores que surcaban el río de una orilla a otra mientras las gaviotas volaban bajo sobre el agua. Al igual que nosotros, iban en busca de comida. Una ligera y fresca brisa transportaba el olor a agua salada, y yo apoyé satisfecha la cabeza en el pecho de Denny y él me rodeó con sus brazos.

—¿Feliz? —me preguntó, restregando la barbilla contra mi cuello, haciéndome cosquillas con su incipiente barba.

—Muchísimo —respondí, volviendo la cabeza hacia él y besándolo con ternura.

Hicimos todo lo que suelen hacer los turistas en esa zona: visitar todas las tiendas de curiosidades, escuchar a los músicos ambulantes, montarnos en un divertido tiovivo y observar a los pescadores arrojar unos a otros grandes trozos de salmón mientras la numerosa multitud aplaudía. Al cabo de un rato, compramos fruta fresca, verduras y demás productos y regresamos al coche.

Durante el trayecto de regreso a casa, nos percatamos de un aspecto poco grato de Seattle: las empinadas cuestas. Era prácticamente imposible conducir un coche con el cambio de marchas manual. Después de casi chocar por tercera vez con el coche que teníamos delante, rompimos a reír a carcajada limpia hasta el punto de que se me saltaban las lágrimas. Por fin, después de extraviarnos en dos ocasiones, llegamos a casa ilesos.

Aún nos reíamos de nuestra pequeña aventura cuando entramos en la cocina portando un par de bolsas de lona con nuestras compras. Kellan, que estaba sentado a la mesa, alzó la vista del cuaderno con espiral en el que tomaba unas notas. ¿Quizá la letra de una canción? Nos miró con una sonrisa divertida y siguió trabajando.

Denny recogió la comida que habíamos comprado mientras yo subía para colocar las escasas pertenencias que contenían las cajas que habíamos sacado del coche. Terminé enseguida. Sabiendo que no íbamos a instalarnos en un apartamento de gran tamaño, sólo habíamos traído lo esencial. Habíamos dejado la mayor parte de las cosas que una persona acumula durante cierto tiempo en el desván de mi madre. Tardé menos de lo que había imaginado en recoger todos nuestros libros, las ropas de trabajo de Denny, mis cosas para la universidad, unas cuantas fotografías y demás recuerdos. Terminé de colocar nuestros artículos de aseo en el baño. Al ver el champú que habíamos adquirido en una tienda de todo a un dólar junto al de Kellan, que era carísimo, sonreí. Ya estaba todo listo. Había terminado.

Bajé de nuevo y entré en el cuarto de estar, donde encontré a los chicos mirando el informativo deportivo. El espacio era como el resto de la casa: estaba prácticamente vacío. Era preciso hacer algo para remediar esa situación.

La habitación consistía en un enorme televisor situado contra la pared del fondo, junto a una puerta corredera que daba acceso al patio trasero. Un largo y desvencijado sofá ocupaba la pared de enfrente, junto a una butaca de aspecto confortable situada en diagonal. Entre ambos, había una mesa redonda con una vieja lámpara. Todo indicaba que Kellan llevaba un estilo de vida tan sencillo como su forma de vestir.

Denny estaba tumbado en el sofá. Parecía estar a punto de quedarse dormido en cualquier momento; probablemente aún estaba muy cansado. Noté que el largo viaje, junto con el paseo que habíamos dado toda la tarde por la zona portuaria, empezaba también a hacer mella en mí, de modo que me acerqué al sofá y me tumbé sobre Denny. Él se movió para que yo pudiera hundirme entre él y el sofá, apoyando una pierna sobre la suya, un brazo sobre su pecho y la cabeza en su hombro. Suspiró satisfecho y me estrechó contra él, besándome con dulzura en la cabeza. El corazón le latía de manera lenta y acompasada, produciéndome al cabo de unos minutos una sensación de somnolencia. Antes de cerrar los ojos, miré a Kellan, que estaba sentado en la butaca. Parecía observarnos con

curiosidad. Pensé vagamente en ello antes de que se me cerraran los ojos y el sueño me venciera.

Me desperté al cabo de un rato, al sentir que Denny empezaba a moverse debajo de mí.

—Lo siento, no quería despertarte —dijo, articulando las palabras con su acento cálido y encantador.

Desperezándome, bostecé y me incorporé un poco para mirarle a la cara.

—No importa —murmuré, besándolo con ternura—. De todos modos, es mejor que me haya despertado si quiero dormir esta noche. —Miré a mi alrededor, pero estábamos solos en el cuarto de estar.

Solos.

Al pensar en ello, comprendí al instante lo íntimamente abrazados que estábamos Denny yo sobre el sofá. Sonriendo con picardía, lo besé de nuevo, pero esta vez con más firmeza. Él soltó una risita y me devolvió el beso con entusiasmo. Mi respiración y los latidos de mi corazón no tardaron en acelerarse. Sentí deseos de hacer el amor con ese hombre tierno y hermoso que yacía debajo de mí, y deslicé los dedos sobre su pecho y debajo de su camiseta para sentir su suave piel.

Él me tomó por las caderas con sus manos grandes y fuertes y me colocó sobre él. Suspiré satisfecha y me apretujé contra él. En un resquicio de mi mente, oí que se cerraba una puerta, pero las manos de Denny me estrecharon con fuerza contra él y borraron al instante cualquier otro pensamiento de mi cabeza.

Le besaba con afán la barbilla y ascendía hacia su cuello, cuando de pronto una risa suave y divertida me despertó de mis ensoñaciones. Me incorporé de inmediato sobre las rodillas de Denny, haciendo que emitiera un gruñido de sorpresa. No me había dado cuenta de que Kellan aún estaba aquí, y estoy segura de que el rubor de mis mejillas se lo indicó con toda claridad.

—Lo siento. —Se rió con ganas. Estaba en la entrada y tomó su cha-

queta de un gancho junto a la puerta—. Os dejaré solos dentro de un minuto..., si queréis esperaros. —Pareció meditar sobre ello durante unos instantes—. O no. En realidad no me molesta. —Se encogió de hombros sin dejar de reírse.

Pero a mí sí me molestó. Me moví enseguida al otro lado del sofá, demasiada avergonzada para decir nada. Miré a Denny, confiando en que pudiera hacer retroceder el tiempo unos minutos. Pero permaneció tumbado sonriendo con expresión divertida, al igual que Kellan. La irritación se apoderó de mí. «¡Hombres!»

Con el fin de centrarme, pregunté de sopetón:

—¿Adónde vas? —Sonó más brusco de lo que había pretendido, pero era demasiado tarde para remediarlo.

Kellan me miró pestañeando, sorprendido por mi arrebato de ira. Tuve la sensación de que Denny yo podríamos haber hecho el amor sobre el sofá sin que él se hubiera molestado lo más mínimo. Por lo visto, era muy liberal en esas cuestiones. Probablemente sólo había querido tomarme el pelo, no hacer que me sintiera avergonzada. Mi enfado remitió un poco.

—Al bar de Pete. Esta noche también actuamos.

—Ah. —Al prestar más atención a todo lo demás aparte de mi humillación, observé que iba vestido de modo distinto a como iba por la mañana, con una camiseta de manga larga de color rojo vivo y unos vaqueros perfectamente desteñidos. Parecía como si acabara de ducharse, con el pelo fabulosamente alborotado y aún ligeramente húmedo. Parecía el dios del *rock* que recordaba de la noche anterior.

—¿Os apetece venir...? —Se detuvo sonriendo pícaramente—. ¿O preferís quedaros aquí?

—No, iremos, desde luego —respondí, más bien por una vaga sensación de bochorno y mosqueo que por el deseo de verlo actuar.

Denny me miró confundido; parecía un tanto decepcionado.

—¿Ah, sí?

Tratando de hallar la forma de recobrarle de mi precipitada respuesta, dije:

—Sí, anoche estuvieron geniales. Me gustaría volver a oírlos tocar.

Denny se incorporó lentamente sobre el sofá.

—Bueno. Iré a por mis llaves.

Kellan me miró sacudiendo la cabeza y sonriendo con gesto divertido.

—De acuerdo. Nos veremos allí.

Durante el trayecto en coche, traté de contrarrestar el bochorno que había sentido antes preguntando a Denny sobre la extraña conversación que había tenido en la cocina con Kellan. Lo miré y dije:

—Kellan parece... muy agradable... —No quería que mi comentario sonara a pregunta, pero así fue como sonó.

Denny se volvió hacia mí.

—Lo es. Hay que acostumbrarse a él. A veces parece un *figjam*, pero es un tipo estupendo.

Arqué las cejas al oír su extraño coloquialismo australiano y sonreí, esperando que me explicara el significado. A veces, Denny empleaba unos términos que yo no tenía pajolera idea de lo que significaban.

Sonrió, sabiendo lo que yo esperaba.

—Significa: «*Fuck I'm Good, Just Ask Me*»* —me explicó.

Me sonrojé un poco, pensando que prefería la versión abreviada, y luego me reí.

—Apenas me habías hablado de él. No sabía que fuerais tan amigos.

—Traté de recordar las pocas veces en que Denny había mencionado a su amigo en Washington, pero no recordé ninguna.

Él fijó de nuevo la vista en la carretera y se encogió de hombros.

—Supongo que perdimos contacto cuando yo regresé a casa. Hablé con él un par de veces cuando volví a Estados Unidos... Pero no nos mantuvimos en contacto. Ya sabes, estábamos demasiado ocupados.

Extrañada, dije:

—Por lo que él me dijo, tuve la sensación de que erais amigos íntimos. Parece tenerte un gran cariño. —Me sentí un poco rara al decir eso; los

* Joder, qué bueno soy, te lo digo yo. (N. de la T.)

chicos no suelen hablar de forma tan abierta sobre sus sentimientos. No es que Kellan hubiera escrito sonetos dedicados a Denny. Sus comentarios sobre «estar en deuda con él» y «estar dispuesto a hacer lo que fuera por él», en labios de un chico equivalía a cariño.

Denny pareció comprender a qué me refería y bajó la vista unos segundos, un tanto turbado.

—No se trata de nada especial. No sé por qué lo mencionó. No tiene importancia. —Fijó de nuevo la vista en la carretera, mordiéndose el labio.

Picada por la curiosidad, pregunté:

—¿A qué te refieres?

Denny hizo una pausa antes de responder.

—Bueno, ya sabes que viví con él y sus padres durante un año.

—¿Y?

—Bueno, él y su padre tenían una relación... complicada, por decirlo así. El caso es que un día su padre se extralimitó y empezó a golpearlo. Yo no pensé en las consecuencias de lo que iba a hacer, sólo quería detenerlo. De modo que me coloqué delante de él y recibí un golpe. —Me miró unos instantes para comprobar mi reacción antes de centrarse de nuevo en la carretera.

Yo lo miré asombrada. No había oído nunca esa historia. Sonaba exactamente como algo que mi chico no dudaría en hacer. Sentí cierta lástima por su amigo.

Denny sacudió la cabeza y frunció el ceño.

—Eso pareció despertar un poco a su padre. No volvió a meterse con él, al menos mientras yo estuve allí. —Movié de nuevo la cabeza—. No sé qué pasó después... —Se volvió hacia mí y esbozó su típica sonrisa de despistado—. A partir de entonces, Kellan siempre se sintió... más unido a mí que a su verdadera familia—. Se rió y fijó de nuevo la vista en la carretera—. Creo que se alegra más que yo de que haya regresado.

Cuando llegamos al bar, Kellan ya estaba allí, sentado con los otros tres componentes de su banda en una mesa al fondo, cerca del escenario. Estaba sentado en un extremo, con aspecto cómodo y relajado, con un pie apoyado sobre la rodilla. Bebía una cerveza. A su izquierda, estaba senta-

do el tipo rubio de pelo largo que recordé que tocaba el bajo. Frente a él, estaba el batería que yo había deseado que fuera nuestro nuevo compañero de piso, y cerrando el círculo estaba el guitarrista rubio. Me sorprendió que no estuvieran ocultos en alguna parte, preparándose para actuar. Pero parecían convencidos de que iban a estar geniales, y se relajaban bebiéndose unas cervezas antes de subir al escenario.

En la mesa frente a ellos, estaban sentadas dos mujeres, las cuales observaban sin disimulo cada uno de sus movimientos. Una no apartaba la vista de Kellan. Parecía estar algo bebida, y lo miraba con tal insistencia que pensé que en cualquier momento iba a abalanzarse hacia él y sentarse en sus rodillas. Aunque Kellan no le prestaba la menor atención, no estaba segura de que le habría molestado que lo hiciera.

En estos momentos, el cantante estaba pendiente del bajista, que estaba sentado junto a él. Desde la puerta, no pude oír lo que decían, pero los otros chicos los escuchaban con una sonrisa de regocijo pintada en la cara.

Denny también se fijó en ellos. Volviéndose hacia mí sonriendo, me condujo hacia la mesa donde estaban sentados. Cuando nos aproximamos lo suficiente para oír lo que decía el bajista, comprendí que no había sido buena idea ir allí. Lamenté no haber mantenido la boca cerrada y habernos quedado tumbados en el sofá, abrazados, cómodos y calentitos. Pero Denny tiró de mí, y lo seguí de mala gana.

—... esta chica, maldita sea, tenía las tetas más imponentes que he visto nunca. —El bajista se detuvo para hacer un gesto grosero, como si los otros necesitaran que les aclarara el comentario—. Y lucía la falda más corta. Todos los que estaban a nuestro alrededor estaban como cubas, de modo que me metí debajo de la mesa y le subí la falda hasta arriba. Luego, cogí mi botellín de cerveza y se la metí...

Kellan le dio un codazo en el pecho al percatarse de nuestra presencia. Nos detuvimos frente al extremo de la mesa donde estaba sentado. Denny soltó una risita. Yo estaba segura de que me había puesto roja como un tomate y traté de permanecer tan impasible como era posible.

—Espera, tío, que ahora viene la parte más divertida —dijo el bajista, que parecía un tanto perplejo.

—Griff... —Kellan me señaló—. Han llegado mis nuevos compañeros de apartamento.

El bajista alzó la vista y nos miró a Denny y a mí.

—Ah, ya..., tus compañeros de apartamento. —Se volvió de nuevo hacia el cantante—. Echo de menos a Joey... ¡Estaba buenísima! En serio, ¿por qué tuviste que estropearlo? No te lo reprocho, pero...

Se detuvo cuando Kellan volvió a darle un codazo en el pecho, esta vez más fuerte. Haciendo caso omiso del enojo del bajista, Kellan nos señaló diciendo:

—Chicos, os presento a mi amigo Denny y a su novia, Kiera.

Yo esboqué una sonrisa forzada. Ignoraba el motivo por el que se había marchado su antigua compañera de apartamento, y me sentí un tanto escandalizada y abochornada al oír la grosera conversación que mantenían. Denny sonrió con calma y dijo:

—Hola.

Yo murmuré: «Hola».

—Hola. —El bajista alzó el mentón en señal de saludo—. Griffin —dijo dándome un buen repaso, lo cual hizo que me sintiera muy incómoda. Apreté la mano de Denny con fuerza y me oculté un poco detrás de él.

El que parecía ser hermano gemelo del bajista, que estaba sentado frente a Kellan, nos tendió la mano para saludarnos de forma educada.

—Matt. Hola.

—Eres el guitarrista, ¿verdad? —le preguntó Denny estrechándole la mano—. ¡Eres muy bueno!

—Gracias, hombre. —Parecía sinceramente complacido de que Denny recordara qué instrumento tocaba. Griffin, sin embargo, dio un respingo, y Matt le dirigió una mirada cargada de significado—. Déjalo ya, Griffin.

Éste lo miró irritado.

—Sólo he dicho que te cargaste el último *riff*. Esa canción se me da de maravilla. Debería interpretarla yo solo.

Ignorando lo que parecía una discusión sin solución de continuidad, el tipo grandullón, que parecía un oso de peluche y estaba sentado junto a Matt, se levantó y nos tendió la mano.

—Evan. El batería. Encantado de conoceros.

Le estrechamos la mano mientras Kellan se levantaba y se dirigía hacia las mujeres que estaban bebidas. Pensé que la que lo había mirado con insistencia iba a desmayarse al tenerlo tan cerca. Él se inclinó sobre el respaldo de su silla, le apartó un mechón de pelo y le susurró algo al oído. Ella asintió con la cabeza, sonrojándose un poco, y luego él se enderezó y cogió un par de sillas que había junto a ellas. Cuando se alejó, las mujeres se pusieron a reír como colegialas.

Kellan colocó las sillas junto al extremo de la mesa y dijo con una media sonrisa:

—Sentaos.

Turbada por el tono de la conversación y sintiéndome incómoda con nuestros nuevos compañeros, me senté arrugando un poco el ceño. La sonrisa de Kellan se hizo más ancha. A diferencia de mí, parecía divertirse de lo lindo.

Cuando nos sentamos, Griffin se volvió hacia Denny.

—¿De dónde es ese acento que tienes? ¿Eres inglés?

Denny sonrió educadamente.

—Australiano.

Griffin asintió con la cabeza, como si ya lo supiera.

—Ah. Bienvenido a bordo, colega.

Kellan y Evan se rieron. Matt lo miró como si fuera el mayor idiota del mundo.

—Tío, que es australiano, no un pirata.

Griffin soltó un bufido.

—¡Qué más da! —replicó ofendido, y bebió un trago de su cerveza.

Denny emitió una risita y preguntó:

—¿Cómo se llama vuestra banda?

Griffin se rió disimuladamente y Kellan respondió:

—D-Bags.*

* *Douchebag*. En sentido coloquial, cretino, gilipollas. (*N. de la T.*)

Yo lo miré incrédula.

—¿En serio?

Curiosamente, Griffin arrugó un poco el ceño.

—Estos miedicas me obligaron a emplear la versión abreviada. Yo quería utilizar el término completo. ¡Proclamarlo alto y sin tapujos! —añadió descargando un puñetazo sobre la mesa.

Matt puso los ojos en blanco.

—Si queremos tocar algún día en un lugar más importante que el bar de Pete, debemos tener un nombre que puedan poner en el cartel. —Al menos uno de ellos parecía tener como objetivo un futuro más importante y prometedor.

Griffin miró a Matt mosqueado, mientras Kellan y Evan se reían.

—Tío, mandé estampar las camisetas...

—Nadie te impide que te las pongas —murmuró Matt, poniendo de nuevo los ojos en blanco.

Kellan soltó unas sonoras carcajadas, e incluso Denny se rió un poco. Yo no pude evitar sonreír.

—¿Vosotros dos sois hermanos?

Griffin me miró horrorizado.

—¡Por supuesto que no!

Sorprendida, miré a Matt y de nuevo a Griffin. Realmente, podían haber sido hermanos gemelos.

—Lo siento, es que sois tan...

—Somos primos —me aclaró Matt—. Nuestros padres son gemelos, de modo que, por desgracia, es lógico que exista cierta semejanza —añadió con cara de circunstancias.

Griffin volvió a soltar un bufido.

—Por desgracia para ti..., yo soy mejor. —El resto de los chicos sentados a la mesa se rieron al unísono mientras Matt ponía los ojos en blanco por tercera vez.

De improviso, Kellan levantó dos dedos en el aire, alzó el mentón y nos señaló a Denny y a mí. Yo me volví hacia donde él miraba. Una mujer madura, que le dirigió una extraña sonrisa, estaba a cargo de la barra si-

tuada al fondo de la larga habitación. Parecía saber exactamente lo que Kellan le indicaba, porque entregó dos botellines de cerveza a una camarera y nos señaló a nosotros.

Miré de nuevo a Kellan, pero estaba hablando con Denny sobre el nuevo trabajo de éste. Quería saber en qué consistía un puesto de becario en publicidad. Como había escuchado la historia un millón de veces, me entretuve echando un vistazo alrededor del local.

El bar de Pete era un lugar cálido y confortable. Los suelos eran de roble y estaban desgastados debido al paso de los años. Las paredes eran una agradable combinación de color rojo y crema, y prácticamente cada centímetro estaba cubierto con letreros que anunciaban diversas marcas de cerveza. Docenas de mesas, de distintos tamaños y estilos, estaban dispuestas sobre el suelo de madera, ocupando todos los espacios disponibles, salvo una zona de unos seis metros frente al escenario adosado a una de las paredes más estrechas.

El escenario también era de roble. La pared detrás del mismo estaba pintada de negro y de ella colgaban numerosas guitarras de distintos estilos y colores. A ambos lados del escenario, había unos gigantescos altavoces, orientados hacia el público. En ese momento, los focos sobre el escenario estaban apagados. Los micrófonos, las guitarras y la batería estaban ya dispuestos sobre el escenario en penumbra, esperando a sus dueños.

Miré hacia el otro lado de la amplia sala rectangular mientras los chicos seguían charlando. La otra pared más estrecha estaba ocupada por la barra. El espejo detrás de ella estaba cubierto de estantes que contenían botellas de todo tipo de licores. El barman estaba ocupado sirviendo los pedidos que le hacían los numerosos clientes que entraban a través de la puerta de doble hoja situada en la pared de enfrente. Junto a ella, había unos grandes ventanales por los que penetraba el destello de los letreros de neón de diversos bares.

Una bonita camarera rubia se acercó y nos entregó a Denny y a mí nuestras cervezas. Le dimos las gracias y Kellan le hizo un amable gesto con la cabeza que me tuvo intrigada durante un momento. Pero la cama-

rera se limitó a sonreír educadamente, por lo que deduje que sólo eran amigos.

Me bebí la cerveza mientras observaba a la camarera atravesar la puerta de vaivén situada en la otra pared alargada del bar. Vi objetos de acero, movimiento y el ruido de gente preparando comida. Supuse que era la cocina. Una amplia arcada, cerca de la puerta de la cocina, daba acceso a una estancia de un tamaño considerable, que parecía contener un par de mesas de billar americano. Más allá, vi un pasillo junto al escenario que desaparecía tras doblar un recodo. Unos letreros indicaban que los lavabos se encontraban allí.

Mientras observaba el pasillo, me fijé en las dos mujeres que habían estado mirando a los chicos de la banda. Denny y yo les bloqueábamos la vista, puesto que estábamos sentados en un extremo de la mesa. La que miraba a Kellan con evidentes deseos de ligárselo no parecía agradarle que yo estuviera sentada junto a él. De hecho, parecía muy cabreada. Me volví apresuradamente de espaldas a ella.

Al cabo de un momento, sentí que alguien se acercaba a mí por detrás. Mi cuerpo se tensó sin querer al tiempo que volvía la cabeza. ¿Acaso se disponía esa mujer a atacarme? Solté un pequeño suspiro de alivio al ver que un anciano se acercaba a nuestra mesa.

Iba bien vestido, con un pantalón de color caqui y una camisa roja con el nombre del bar bordado en la esquina superior. Debía de rondar los cincuenta, tenía el pelo entrecano y el rostro curtido. No parecía sentirse muy contento.

—¿Estáis listos, chicos? Actuáis dentro de cinco minutos —dijo soltando un prolongado suspiro.

—¿Te sientes bien, Pete? —le preguntó Kellan, arrugando ligeramente el ceño.

Pestañeé. Pete debía de ser el dueño del Bar de Pete. Muy ocurrente.

—No... Traci me ha dejado plantado por teléfono, no piensa volver. He tenido que pedir a Kate que esta noche trabaje dos turnos para atender a la gente como es debido. —Miró irritado a Kellan. Eso me extrañó, hasta que recordé que su antigua compañera de apartamento, Joey, se

había marchado repentinamente por su culpa. Al parecer, la historia se repetía.

Kellan miró enojado a Griffin. Éste, que parecía un tanto turbado, bebió un largo trago de cerveza antes de farfullar:

—Lo siento, Pete.

Pete suspiró y sacudió la cabeza. Supuse que se trataba de gajes del oficio relacionados con la banda a los que Pete estaba acostumbrado. No pude evitar sentir lástima de él.

—Yo he trabajado de camarera —dije, sorprendiéndome a mí misma—. Necesito encontrar trabajo, y un empleo de noche será perfecto cuando comiencen las clases.

Pete me miró con curiosidad y luego a Kellan. Éste sonrió y nos señaló con su botellín.

—Te presento a mis nuevos compañeros de apartamento, Denny y Kiera.

Pete asintió con la cabeza y me miró con atención.

—¿Has cumplido los veintiuno?

Yo sonreí, nerviosa.

—Sí, en mayo. —Me pregunté por un instante qué hubiera hecho Pete si le hubiera dicho que no mientras me bebía una cerveza.

Él volvió a asentir.

—De acuerdo. Necesito ayuda, y enseguida. ¿Puedes empezar el lunes a las seis de la tarde?

Miré a Denny, preguntándome si no debí de consultarlo antes con él. Puesto que su trabajo de becario era de día, sólo podríamos estar juntos por las noches. Pero él me miró sonriendo, y, cuando arqueé las cejas en un gesto interrogante, asintió con la cabeza de forma casi imperceptible.

—Sí, de acuerdo. Gracias —respondí con tono quedo.

Así fue como en menos de veinticuatro horas de llegar a esta nueva ciudad conseguí trabajo.